

Historia Novelada

DON DIEGO DE OSPINA Y LA CAPILLA DE SANTA BÁRBARA

- Algunas consideraciones sobre símbolos, iconografía, heráldica y estilos de escritura histórica.
- Intrascendentalización de los hitos históricos y provisionalidad de lo diario.
- La cultura de los hipermercados y los guerreros virtuales.
- Don Diego, cumple una orden de Belalcázar.
- Una historia de amor se hace ciudad.

El hombre por vocación y tentaciones inevitables, creador de símbolos, alegorías, mitos, universos y personificaciones, asigna significancias relacionadas con su entendimiento o presunciones sobre la realidad, a la cruz céltica, la svástica, las banderas nacionales, los logotipos empresariales, el dedo señalador del Tío Sam, los perfiles de los Marx, Carlos y Groucho y así como convierte a santa Lucía en restauradora de las luces, da a la serena mirada de Washington y a la calvicie informal de Franklin calidad de paradigmas de libertad.

Ese espíritu representador, confiere forma a los signos tribales y blasones: el de España conquistadora, armas -su existencia habla del poder- castellanas, con dos columnas acaso trasunto de las del templo de Salomón, emblema querido a los judíos toledanos del siglo XIII y adopta para las artes y las letras, las alegorías de las musas. **La de la historia, Clío**, coronada de laureles y de fino perfil ático, luce en los espacios renacentistas, como sus atributos la clepsidra, el estilo, la plancha de escribir y está sentada sobre voluminoso rollo de pergamino. Comparte su ministerio con el ángel de la historia, de algodonosas alas y mirada altiva, en mucho parecido al de los dibujos de Albrecht Dürer, dotado en su melancolía, de cierta decadente dignidad apocalíptica.

Ocultos tras ellos, siempre en segundo plano, pero innegables en su continua actividad, desde las sombras modestas de sus propios rincones, están a modo de titiriteros del tinglado de la historia, el escribano, minucioso en sus intentos de ilustración y el estudioso verdadero.

De las inspiraciones culpables de estos ciudadanos de lo temporal, nacen diferentes textos: los de la historia floral, caracterizados por sus epopeyas elegantes, la terminología altisonante, todos cuyos héroes hablan con resonancia de personaje shakesperiano y viven la dignidad de protagonistas, trascendentemente, con buen gusto, es decir sin descender en sus parlamentos a nada que pueda ser rotulado como de vulgar procedencia.

La historia novelada, galante, de poca verdad pero de amplio público, apela a los artificios narrativos y de forma creativa y complaciente con sus lectores, fábula mas allá de los documentos, conmueve recurriendo a truculentas llamadas a la emoción y al sentimiento.



Leo Cabrera Guzmán

Miembro de Número-Academia Huilense de Historia

Los otros textos, los de la historia crítica, resultan de muy escaso éxito, por su especial acrimonia, seriedad, poco adorno y escasa concesión al tremendismo y la maravilla, el destello y el boato, cuando se los programa como lecturas de sesión solemne.

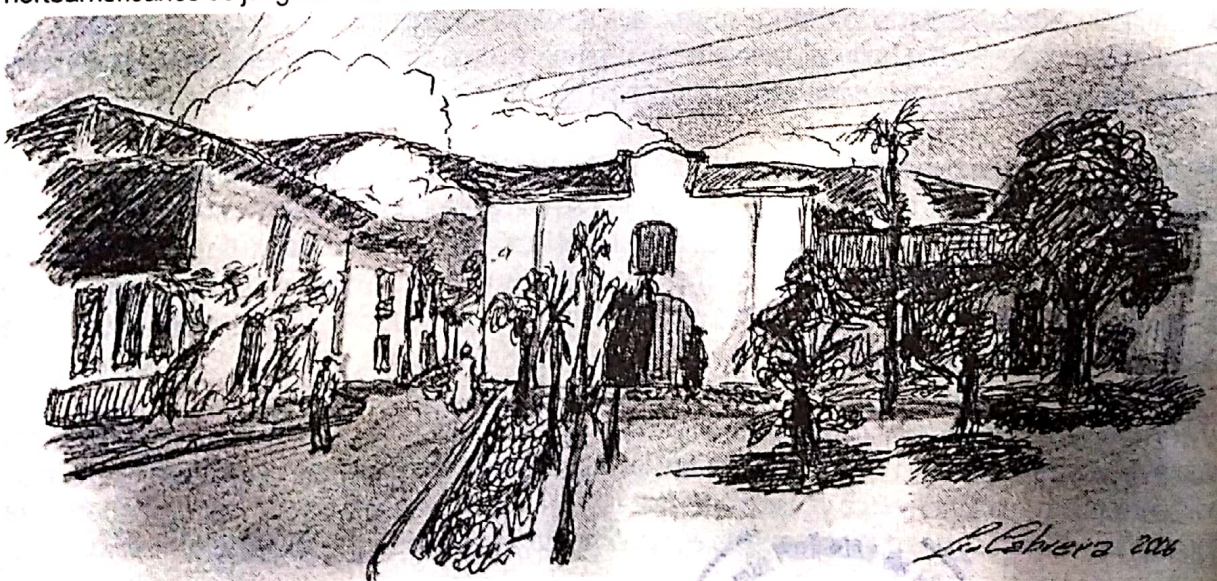
Hoy, la verdad, ninguna de las formas mencionadas de escribir sobre el pasado, cuenta con un decidido favor de las masas. Los historiadores trabajan para la historia y solamente se reconoce sus méritos entre especialistas. No tienen el poder de convocatoria de los apóstoles de las religiones postmodernistas, los curadores naturistas o los sicólogos que ofrecen soluciones para guardar la línea o abusar de ella sin timideces.

Vivimos una especie de síndrome de Alzheimer colectivo, en esta sociedad de principios de milenio, que conecta por la informática, según Martín Barbero a la pasión personal con la razón instrumental. La opulencia comunicacional, debilita los valores de lo público. Disponemos de un irrefrenable y continuo caudal de información que escasamente alcanzamos a asimilar, mientras la educación formal se deteriora.

Mucho de imágenes virtuales. En las pantallas televisivas, nuestros rostros se asoman a las miserias colectivas y los campos de guerra, mientras las experiencias individuales se empobrecen. Nuestra propia trayectoria pierde importancia. Sentimos que está constituida por una sucesión de nimiedades personales o de carácter provinciano. Las otras circunstancias y ofertas, seleccionadas por los medios globales, resultan más brillantes, deseables y ejemplares.

Nos enamoran maravillas cuyos talentosos autores verdaderos poco nos preocupan: el fax, los teléfonos celulares que resuenan aún en medio de los rituales religiosos, son productos de mentes anónimas. Somos clientes cautivos de la infinita calle comercial del reino de Internet, con sus supermercados de conocimientos fascinantes, pero en su inmensa variedad, imposibles de discriminar.

Insensibilizados por la profusión permanente de hechos grandilocuentes, tomamos como cosa trivial, de diario, los grandes logros de la inteligencia. Edison, en su momento, asombra al género humano con la lámpara de filamento y el fonógrafo. Hoy a nadie conmueven los nombres del creador del microchip, el teléfono celular, la memoria ram, los ambientes virtuales, esos universos imaginarios donde nuestros muchachos pilotean bombarderos de guerra, enfrentan monstruos galácticos, matan árabes e iraquíes, narcotraficantes colombianos, o son comandos mercenarios en extremo oriente, bajo la égida creadora de los fabricantes norteamericanos de juegos de video.



Los medios de comunicación que borran los límites, los satélites asomados como altavoces sobre las fronteras regionales, dan lugar a la aldea global cuyos chismes públicos, política, economía e imágenes admirables para imitar, tejen la macrohistoria del futuro, mientras borran como el licor nepente de la mitología, la importancia de las vidas y los hechos personales y las historias de pequeña comunidad, que ni a sus propios protagonistas afectan de verdad.

El universo artificial de Rambo y de Carter, nos ha dejado sin historia.

Vivimos una época en que se puede perder la vida, sin que a nadie importe. En otros tiempos era fácil ser figura pública: la gente no estaba enfrentada a los inmensos caudales de información planetaria que hace pequeños y desmoriados sus propios hechos de comunidad.

Los juguetes de la economía suntuaria nos obnubilan. Nos dedicamos a tentar el mañana de robots, pero en el intento de alcanzar la velocidad necesaria, perdemos nuestras raíces. A las academias corresponde devolver el lustre a los hechos del pasado.

Por ello celebramos, en lugar adecuado para esta fecha, un ritual de la casi desueta liturgia de la historia. Evocaremos el día de fundación de esta ciudad,

**LA MUY NOBLE VILLA DE LA PURA Y
LIMPIA CONCEPCIÓN DE MARÍA SANTÍSIMA
DEL VALLE DE NEIVA**

El primero de los personajes, asigna un nombre al escenario:

El Capitán Sebastián de Belalcázar, Belalcázar, apellido de moros, busca regresar a su tierra y pretende llegar al mar Caribe para retomar a España. Así descubre el placentero valle que servía de paraíso a la tribu de los dujos, pueblo pacífico de etnia andaky. Lo bautiza, con el nombre de Neiva, por parecerse en concepto de sus hombres al que sirve de cauce al río del mismo nombre, caudalosa corriente de la isla de Haití, que naciendo de las estribaciones del monte Yake, va a desembocar en la bahía de Neiva entre el monte Babaruco y la Punta de Martín García.

Nadie ha comprobado si tanto la corriente de agua dominicana, como la localidad situada cerca de la laguna de Enriquillo, puedan deber el nombre a su vez, a la nostalgia de algún soldado del sur de España que conociera en los límites con Portugal, tanto al castillo de Neiva, como al río que en época de su venida a las Indias, era atravesado por un puente que comunicaba a las poblaciones de Braga y Astorga.

Belalcázar, no decide quedarse, pero piensa que fundar una ciudad acá, puede dotar de una avanzada estratégica a los intereses de conquista. Así lo ordena y se cumple por parte de don Juan de Cabrera. Este primer asentamiento de 1539, localizado cerca de la actual localidad de Otás municipio de Campoalegre, es aniquilado durante la larga confrontación con Andakies, Yalcones y Paeces. Corresponde un segundo ensayo de fundación al Capitán Juan de Alonso que decide denominar a su población, San Juan Nepomuceno de Neiva, también destruida en el conflicto.

Ahora para sostener el interés del discurso, un poco de historia novelada, que agradezco en sus datos a la pluma del ensayista Rafael Luque Guevara, la cual involucra como elementos de su emocionante trama, a los descendientes de un santo político y guerrero, un matrimonio campal, unas minas de oro, una capilla doctrinera con nombre de mujer y una demostración de agradecimiento, que a la postre resultó muy productiva.